

---

# EL ÚLTIMO ASALTO

## AL KANGCHENJUNGA

---

*A fin de que nuestros lectores puedan darse cuenta, de la maravillosa hazaña realizada por la expedición, que capitaneada por el profesor Dyhrenfurth intentó el pasado año escalar la cima del Kangchenjunga, y las lecciones de ejemplaridad que se desprenden de la heroica y titánica labor realizada por los elementos que la integraron, vamos a transcribir a continuación una parte de la conferencia que bajo el título "The Assault on Kangchenjunga, 1930" leyó en el "Alpine Club" de Londres, Mr. F. S. Smythe, y que la traducimos del texto publicado en el N.º 241, del "Alpine Journal".*

*El autor de este interesantísimo relato, una de las figuras más destacadas del alpinismo mundial, fué uno de los principales protagonistas de la magna aventura, y prepara en la actualidad una nueva expedición al Himalaya, cuyo objetivo será uno de sus picachos más temibles, el Kamet. Solamente reproduciremos el relato del fracasado intento de escalar el Kangchenjunga - que no por fracasado deja de ser menos meritorio—dejando para más adelante la afortunada excursión al Johnson Peak. Las fotografías que insertamos fueron tomadas, en el curso de la excursión, por el propio F. S. Smythe, y las reproducimos de su bellissimo y por todos conceptos interesante libro "The Kangchenjunga Adventure" recientemente publicado en Londres por la casa editorial Victor Gollancz Ltd.*

\* \* \*

Aún no se halla definitivamente determinado si el Kangchenjunga es la segunda o la tercera de las más elevadas montañas del mundo. Se le ha supuesto algunos pies más alta que su gran rival la K<sub>2</sub> en el Karakoram. En realidad, teniendo en cuenta los errores que pueden influir en las más concienzudas mediciones realizadas en el Himalaya, aun sin contar con el espesor de las nevadas siempre sujeto a fluctuaciones, y los

crecimientos geológicos que según está demostrado continúan elevando las cumbres más destacadas del Himalaya, puede darse por sentado que en la práctica, no es posible determinar nada en concreto sobre el particular. No obstante, según el "Himalayan Journal", las *más recientes* altitudes son: el K<sub>2</sub> 28.250 pies; Kangchenjunga, 28,227 pies, con un posible error de 12 pies por ambas partes.

Hablando en términos generales podríamos decir que existen dos tipos de montaña; las que constituyen su propio macizo y poseen glaciares y valles propios, y las que son meramente cumbres que se proyectan por encima de un complicado sistema glaciar. El Kangchenjunga es un buen ejemplo del primer tipo: el K<sub>2</sub> del segundo. El Everest permanece como línea divisoria entre ambos tipos. En altura únicamente sobrepasa al Kangchenjunga; pero por la belleza de su configuración, por la riqueza de su escenario, flora y clima, el Kangchenjunga se alza supremo por encima de todos los picos. No se halla en la vertiente principal de la gran cordillera sino que sobresale hacia el S., como una península. Por esta razón el Kangchenjunga recibe de lleno toda la enorme fuerza del monzón, por cuyo motivo experimenta las inclemencias de dos inviernos en un año: uno el normal, y otro el del monzón, que divide el verano en dos períodos. El monzón deposita lluvia de los 17 a 19.000 pies de altura; desde esta altitud nieva constantemente, en cantidades tan exorbitantes, que se supone que el volumen de nieve que cae en aquellas alturas es tres veces mayor que el que cae en los Alpes. La consecuencia natural es una crecidísima abundancia de glaciares que se hallan en estado suspensión, amenazando derrumbarse en todo momento. No existe en el mundo montaña más peligrosa, a causa de las avalanchas. Debido al monzón, no hay más que dos periodos propicios para lanzarse al ataque del Kangchenjunga. Ambos pueden considerarse como estaciones primaverales. El que pretenda realizar su excursión antes del monzón, sufrirá los peligros de las avalanchas ocasionadas por las nieves invernales, mientras que una vez pasado el monzón se experimentarán los mismos peligros a causa de las nieves que aquel deposita. Así pues, no hay un período a propósito para verificar escaladas como ocurre en los Alpes, y solamente puede aprovecharse un mes de tiempo inseguro antes y después del monzón y siempre expuesto a bruscos cambios atmosféricos, aun descontando los feroces vientos del Oeste, que soplan sin cesar durante semanas enteras.

Como puede colegirse por estos sucintos detalles el montañero que pretenda subir al Kangchenjunga se verá obligado a medir sus fuerzas con un formidable enemigo. Aunque esta fuese una montaña de fácil acceso, todos los demás elementos se coaligarán en contra de él. Pero la ascensión está muy lejos de ser un sencillo problema.

El primer intento de conquistar la cima del Kangchenjunga, lo llevó a cabo el año 1905 una expedición dirigida por Crowley. El resultado no pudo ser más desastroso perdiendo la vida un europeo y tres indígenas.

Quince años más tarde Raeburn y Crawford, intentaron una nueva ascensión, pero a causa de la inclemencia del tiempo se limitaron a un mero reconocimiento.

A principios del verano de 1925, un joven americano llamado Farmer, acompañado únicamente por *porters*, consiguió llegar al glaciar de Yalung, desde cuyo punto pretendió continuar *sólo* su ascensión. Farmer desapareció, y nada se ha vuelto a saber de él.

Pero el primer ataque de importancia al Kangchenjunga, no se llevó a cabo hasta el otoño de 1929. Un grupo de montañeros de Munich, bajo la dirección del Dr Bauer, salió de Darjeeling, y después de subir a la meseta de Teesta, estableció su campa-

mento de base, en la planicie del Lago Verde, en el mismo lugar en que acampó Freshfield el año 1899. Desde allí atacaron una tremenda estribación helada que se precipita sobre el glaciar de Lemu, desde la cresta N. unos 2.000 pies antes de la cima. Las dificultades eran insuperables; a una altura de 24.000 pies, fueron sorprendidos por una imponente tempestad que les hizo abandonar toda esperanza de proseguir la ascensión, y no preocuparse más que de salvar sus vidas, que lo consiguieron con una pericia y un valor verdaderamente ejemplares.

Escalar el Kangchenjunga ha sido la ambición del Profesor Dyhrenfurth durante muchos años. El grupo que salió de Europa a las órdenes del Profesor, se hallaba integrado por Marcel Kurz, el Dr. Richter que iba como médico además de corresponsal de los diarios alemanes, H. Hoerlin, E. Schneider, U. Wieland, C. Duranel que iba en calidad de operador cinematográfico, y de mi persona que además de escalador, era corresponsal y fotógrafo del "Times".

Llegamos a Darjeeling a fines de marzo, con nada menos que 8 toneladas de pertrechos. En este punto se unió a la expedición Wood Johnson en calidad de Jefe de transporte.

A nuestro llegada a la India tratamos de obtener permiso para atravesar el Nepal y atacar el Kangchenjunga por el Oeste, pero debido a que no había llegado el salvoconducto tuvimos que proyectar el ataque partiendo del Glaciar de Zemu. En consecuencia, cuando al fin llegó el permiso de las autoridades nepalesas, todos nuestros proyectos hubieron de ser alterados.

En cuanto a los *porters*, muchos de los viejos "tigres" del Everest, se prestaron una vez más a arrostrar los peligros y privaciones, que les eran familiares por experiencias anteriores. No menos de 400 *porters* hubimos de contratar, ya que el transporte por caballerías resulta imposible mas allá de Yoksam.

Debido al número de expedicionarios, el Coronel Tobin juzgó conveniente dividir la caravana en tres grupos: el primero a las órdenes de Wood Johnson se puso en marcha el 4 de abril; el segundo dirigido por Hannah había de partir al día siguiente, y el Coronel Tobin iría a retaguardia con 80 mulas cargadas de pertrechos. Se había arreglado de manera que los dos primeros grupos, una vez salvado el Kangha, devolverían sus *porters* con objeto de transportar sus pertrechos a través del paso.

Para llegar al campamento de base teníamos que cruzar el Kangha, 16.373 pies, y el Mirgin La, 15.000 pies. El invierno se hallaba muy atrasado, y en estos pasos, había mucha nieve acumulada. Hubimos de bordear las faldas de las montañas, teniendo que soportar el ataque de enormes bandadas de sanguijuelas, que infestan los grandes bosques tropicales que circundan los valles más bajos de esta parte del Himalaya. Llegamos a Ozongri en medio de un ventisquero. Al día siguiente desertaron 50 *porters*.

Pasado Ozongri instalamos el campamento a unos 12.000 pies bajo el Kang La. Como el tiempo se hallaba amenazador el Profesor Dyhrenfuth decidió cruzar el paso en un día. Fué una tarea impropia; Wood Johnson permaneció en la retaguardia para cuidar el paso de los *porters*, y yo volví del campamento para ayudarlo. Varios de los *porters* se hallaban completamente agotados. El mismo Wood Johnson se encontraba extenuado, porque tuvo que ayudar a acarrear una parte de la carga hasta el repecho final del paso, y todos llegaron al campamento en lastimoso estado de fatiga e inanición.

Mientras tanto Hoerlin, y Schneider habían ascendido el Kang Peak, que tiene unos 18 000 pies de altura.

Al día siguiente — 17 de abril — descendimos a Tseram. Los *porters* habían estado andando por espacio de once días sin reposo, y se hallaban completamente rendidos. Muchos de ellos tuvieron que atravesar el Kang La descalzos, transportando pesos de ochenta libras sobre sus espaldas. No hay palabras para expresar la admiración que sentía por el magnífico esfuerzo que habían realizado. Algunos estaban además cegados por el resplandor de la nieve, y uno o dos de ellos tenían los pies congelados.

Esperábamos encontrar *porters* y provisiones enviadas por las autoridades de Nepal, pero no habían llegado; por lo tanto tuvimos que enviar en su busca.

Recibimos un telegrama rogándonos hiciésemos todas las indagaciones posibles para dar con el paradero de Farmer. Nos decían que mirásemos en el monasterio de Cherol, pero éste se hallaba ruinas.

Con la llegada de las provisiones enviadas por las autoridades de Nepal pudimos abandonar Tseram el 21 de abril y cruzar el Mirgin La hacia Khunza. En el trayecto pasamos punto a la embocadura del valle Yamatari, aún inexplorado. Desde Khunza ascendimos el valle hacia Kanvachen, atravesando bosques alfombrados de prímulas, dominados por enormes picachos. Al declinar el día tuvimos que luchar con la enorme *moraine* del glaciar de Jannu llegando muy cansados a Kanvachen.

En vista de lo fatigados que se hallaban los *porters*, decidimos que el siguiente día fuese de relativo trabajo, y que solamente hubiese una marcha de tres horas. Wood Johnson y yo fuimos los últimos en partir; tardamos cinco horas en llegar al lugar donde habían acampado los demás, en medio de un furioso ventisquero que no amainó durante toda la noche. El lugar escogido para acampar fué unas chozas medio derruidas que sirven de abrigo a los rebaños de yacks. Mas de la mitad de los *porters* no consiguieron llegar al campamento, y pasaron la noche a la intemperie en medio del ventisquero.

Al día siguiente ascendimos la *moraine* N. del glaciar de Kangchenjunga, llegando a un lugar un poco más abajo de lo que Freshfield llama Pangperma, donde en un yermo frío y húmedo, establecimos el campamento de base. Durante los cuatro días siguientes nos ocupamos en fijar las tiendas, mientras nos preparábamos para el ataque al Kanchenjunga.

En las cercanías del campamento se levantaban magníficas crestas, sobresaliendo entre todas ellas el Wedge Peak. También se divisaba la ladera occidental del Kangchenjunga. Por encima del campamento se erguían picachos de 19 a 23.000 pies de altura. Wienland consiguió escalar uno de ellos que mide 20.000 pies de altura, mientras Wood Johnson y yo no pudimos llegar a otro más alto y más difícil, por sorprendernos una tormenta a 200 pies antes de la cima. El tiempo era malo y todas las tardes había tempestades de nieve.

Abandonamos el campamento de base, el 1.º de mayo, y ascendiendo el glaciar de Kangchenjunga establecimos el campamento 1, a una milla aproximada de los riscos del propio Kangchenjunga. Podíamos ahora darnos cuenta de la magnitud de la empresa que intentábamos. Ringleras de muros de hielo de más de 1 000 pies de espesor, se extendían en una largura de muchas millas a través de la ladera de la montaña, formando un festín de glaciares en suspenso, capaces de descargar enormes avalanchas de hielo en cualquier momento. Nuestra única esperanza era conseguir dominar el cerro norte desde la ramificación E. que partía del glaciar de Kangchenjunga. Confiábamos encontrar páramos rocosos, que en opinión de Freshfield podían existir, pero en su lugar no encontramos más que enormes precipicios de roca y hielo. El campamento 2

lo establecimos a unos 19.500 pies al este del glaciar tributario. Desde aquel punto pudimos darnos cuenta, que el único medio de llegar al cerro N. era dominando la más baja de las tres terrazas que se extienden a través de la ladera de la montaña. La terraza más baja se halla defendida por un muro de hielo de 700 a 1.000 pies de altura



El profesor Dyhrenfurth decidió atacarlo por su extremo, bajo el cerro N., una vez decidido lo cual él y Kurz que no se encontraban bien, volvieron al campamento de base. Un campamento más elevado fué establecido a unos 20.000 pies más arriba del gla-

ciar, desde el cual Wieland, Wood Johnson y yo, que eramos los únicos miembros de la expedición que nos hallábamos sanos, partimos a investigar la ruta a seguir. Nos encontramos frente a una de las más árduas empresa que jamás habíamos experimentado. El primer día lo dedicamos a construir una escalera a través de un enorme repecho de hielo; después de lo cual, en respuesta a un mensaje urgente que habíamos recibido del campamento de base, Wood Johnson tuvo que retornar con Hannah, y descender a Khunza, para tratar de arreglar las dificultades del transporte. Wieland y yo quedamos solos, y empleamos el día trabajando árdamente para dar fin a la escalera que ascendía el repecho, después de lo cual, empezamos a trabajar en una ladera cortada a pico, de unos 30 pies de altura, clavando hierros anillados en el hielo y pasando la cuerda a través de los anillos. Sin duda alguna, ha sido este el trabajo en hielo más peligroso y desesperadamente difícil que jamás se ha realizado, y constantemente nos hallábamos amenazados por avalanchas que en cualquier momento podrían sobrevenir.

Al final del segundo día Schneider volvió a subir y el tercer día dimos fin a la ascensión del muro de 30 pies. Después de transpuesto éste, se deslizaba en una inclinación de 70° alzándose bruscamente por espacio de 200 pies, hasta llegar a la base de otro muro de hielo de 60 pies, cortado verticalmente.

Como Wieland y yo estábamos muy cansados, Schneider y Hoerlin continuaron la labor, construyendo peldaños hasta la base del muro de 60 pies. Todo el tiempo que habíamos estado trabajando, enormes avalanchas estuvieron desprendiéndose desde los riscos del Kangchenjunga. El tiempo, además había sido malo, y gran parte del trabajo tuvimos que realizarlo en medio de grandes tempestades de nieve. Para el cuarto día ya no podía dormir y transcurría las noches despierto, torturado por dudas y temores, y cuando me dormía era para soñar en los terribles peligros que nos amenazaban. A la siguiente mañana no me sentía lo suficientemente dispuesto mental y físicamente para ponernos en marcha.

Hoerlin y Schneider habían proyectado reunir todos los *porters* y tratar de dominar el muro final, para establecer el campamento 3, en la terraza superior. Unicamente el cocinero y yo permanecimos en el campamento. Me hallaba escribiendo en mi tienda cuando oí el estruendo atronador de una imponente avalancha. Al mismo tiempo me di cuenta, mudo de terror, que venía del lado del muro de hielo. Salí precipitadamente, y ví que una gigantesca porción del muro, que se levantaba a la derecha de nuestra ruta, se desmoronaba. Masas enormes, como catedrales, se venían abajo amenazando destruirnos; ráfagas de viento fortísimo, precedían a la avalancha, levantando nubes de nieve como si fuesen el humo de un cañonazo. Al mismo tiempo apercibí la caravana, puntos negros que huían desparramándose por la ladera inferior. Pude ver que se detenían, y que luego se lanzaban desordenadamente hacia la izquierda, pero los perdí de vista ocultos por las nubes de nieve. Supuse que habían perecido aplastados como insectos.

Con increíble velocidad las nubes de nieve, bajo las cuales pude vislumbrar enormes torrentes de bloques de hielo, se precipitaban hacia nuestro campamento. Me hallaba todo el tiempo como sumido en una pe adilla, pero al fin me di cuenta del peligro que corríamos. La avalancha no se detenía y amenazaba arrasar el campamento. Grité al cocinero que se pusiese en salvo y nos lanzamos corriendo por la nieve. Pero una carrera sobre nieve blanda a 20.000 pies de altura no se puede resistir por mucho tiempo, y muy pronto caímos extenuados. Le dije al cocinero: «Han debido

de perecer todos, pero tenemos que hacer lo que podamos». Cogimos hachas para el hielo y nos dirigimos al lugar del desastre.

El cielo se hallaba oculto por nubes de nieve. Jamás olvidaré los momentos de angustia que pasé cuando las nubes de nieve comenzaron a dispersarse.

Temía no encontrar ni vestigios de la caravana, pero a mi gran satisfacción pude percibir algunas figuras que surgían del otro lado de la avalancha. Me acerqué a ellas y me encontré con un grupo de *porters* que, completamente atontados permanecieron al borde de los blancos escombros; solamente uno de ellos se movía. Andaba explorando con un hacha por entre los bloques de hielo; le pregunté qué era lo que hacía y me contestó: «La carga, Sahib, he perdido la carga que llevaba». «No importa la carga, —le contesté— veamos quiénes son los que viven todavía». Más figuras fueron apareciendo por arriba, y pude percibir algo que asomaba empotrado entre los bloques de hielo. Para cuando yo subí al lugar del desastre el cuerpo de Chetin había sido ya extraído de entre los escombros de hielo. Se hallaba horriblemente magullado. Schneider, también había desaparecido; le creímos muerto, pero después de unos instantes, apareció. Se había salvado milagrosamente.

Se hallaba precisamente en la base misma del muro de hielo cuando éste se desmoronó. Nos dijo: "Oí un crujido y empezaron a caer enormes masas de hielo; me creí muerto, pero corrí hacia la izquierda y me libré de la avalancha por cinco metros" Chetin se había quedado detrás de Schneider, y no pudo ponerse en salvo. El resto de la caravana se salvó de una manera incomprensible, por un verdadero milagro de las cumbres. Enterramos a Chetin en el campamento, marcando el lugar con un hacha.

Volvimos al campamento 1; al día siguiente subieron el profesor Dyhrenfurth, Kurz y el Doctor Richter y tuvimos un cambio de impresiones. Propuse el abandonar el Kangchenjunga y tratar de escalar algo que fuese humanamente posible, el Johnson Peak por ejemplo; pero se decidió no desistir de nuestro propósito e intentarlo de nuevo por el lado noroeste. El nuevo campamento lo establecimos en una planicie nevada. Hoerlin, Wienland y yo, escalamos un empinado *coulotr* de 600 pies para llegar a la cresta del cerro. Este cerro es algo imponente, jamás he visto nada parecido. Está formado por enormes torres de roca y afiladísimas cuchillas de hielo. En todos sus 4.000 pies no creo que haya un solo lugar donde poder plantar un campamento. Además hubiese sido de todo punto imposible conseguir que los *porters* subiesen hasta él. Aunque el terrible cerro hubiese sido dominado, y hubiésemos podido llegar a la plataforma superior, nos faltaba 3.000 pies más de ascensión para conquistar la cumbre y esto representaba el atravesar otros dos temibles picachos, tarea completamente imposible, aunque no fuese más que por su duración. Pero a pesar de tan malos informes decidimos continuar el ataque. Desgraciadamente Kurz se hallaba otra vez enfermo, y no pudimos aprovecharnos de sus consejos de hombre experimentado, en estos momentos decisivos.

Durante la noche, después de terminado el primer reconocimiento, un furioso vendaval nos tuvo continuamente en vela. ¿Cuál hubiese sido la situación de nuestra caravana, si hubiere sido de pronto sorprendida por semejante tempestad, en la gran arête de hielo y roca?

Al día siguiente, ascendimos el glaciar hasta su parte superior, partiendo de la garganta que se extiende entre el Ramthang Peak y el collado N. O. Desde este punto, el endemoniado collado aparece completamente inaccesible, pero sin embargo decidimos

continuar. Al día siguiente Dyhrenfurth volvió a subir, y me senté con él en la cumbre de un picacho contemplando cómo avanzaban Schneider y Wieland. Desde este picacho era preciso efectuar un *rappel* de 20 pies, descendiendo una enorme brecha sobre la que se erguía un tremendo pináculo de roca de 300 pies de altura. La ascensión de este pináculo fué la escalada de roca más difícil que hemos realizado a una altitud superior a 21.000 pies. Al contemplar las dificultades con que tropezábamos, nos dábamos perfecta cuenta de que no había ninguna esperanza de éxito. El profesor Dyhrenfurth y yo descendimos antes que los demás; mientras bajábamos divisamos una terrible avalancha que se derrumbaba sobre la parte superior del glaciar Rathang. Todo el espacio, en muchas millas a la redonda, se llenó de nubes de nieve. Como la avalancha que mató a Chetin, su peso era incalculable.

Desde el glaciar de Ramthang, el Kangchenjunga aparece completamente inaccesible; se halla protegido por gigantescos glaciares que cuelgan en una superficie de muchas millas, a través de la ladera de la montaña. Las informaciones de Schneider y Wieland fueron tan poco satisfactorias que el profesor Dyhrenfurth no tuvo más remedio que decidirse por abandonar el ataque; pero antes de volver al campamento de base decidimos intentar la escalada del Ranthan Peak, de unos 23.000 pies de altura. Schneider y yo que éramos los únicos que nos hallábamos sanos, conseguimos conquistar su cima, después de una penosísima ascensión. Al cabo de 19 días de fatigas y penalidades imposibles de describir el retorno al campamento de base, fué un alivio para todos. En mi vida he experimentado una tensión de nervios más torturante; durante los 19 días, no hubo un solo momento de seguridad, siempre expuestos a ser aniquilados por las tremendas avalanchas que se precipitaban de el Kangchenjunga y por las noches, su rugido atronador, nos tenía siempre en guardia, esperando el momento en que seríamos arrastrados por uno de aquellos cataclismos.

F. S. Smythe.

